El Espiritismo en su más simple expresión

Exposiciones sumarias de las enseñanzas de los espíritus

POR

Allan Kardec



http://www.portalespirita.net
info@portalespirita.net

INDICE

Resumen histórico del Espiritismo....1
Resumen de la enseñanza de los Espíritus....7
Máximas extraídas de la enseñanza de los espíritus....11

Resumen histórico del Espiritismo

Alrededor de 1848, en los Estados Unidos de América llamaron la atención diversos fenómenos extraños, consistentes en ruidos, golpes y movimientos de objetos sin causa conocida. Esos fenómenos, frecuentemente, ocurrían de forma espontánea, con una intensidad y una persistencia singulares; pero se notó también que ellos se producían más particularmente bajo influencia de ciertas personas que se designó con el nombre de *médiums*, y que podían de algún modo provocarlos a voluntad lo cual permitía repetir las experiencias. Sobre todo se servían para eso de mesas; no porque ese objeto sea más favorable que algún otro, sino, tan solo, porque es el mueble más cómodo, pues se sienta más fácil y más naturalmente alrededor de una mesa que alrededor de cualquier otro mueble. Se obtuvo, de esa manera, la rotación de la mesa, después movimientos en todos los sentidos, sacudidas, vuelcos, levitaciones, golpes con violencia, etcétera. Y el fenómeno fue designado en los comienzos bajo el nombre de *mesas giratorias o danza de las mesas*.

Hasta allí el fenómeno podía explicarse perfectamente por una corriente eléctrica o magnética, o por la acción de un fluido desconocido y fue esa misma la opinión que se formó al respecto. Pero no tardó en reconocerse, en esos fenómenos, efectos inteligentes; así el movimiento obedecía a la voluntad; la mesa se dirigía a la derecha o a la izquierda, hacia una persona que se designara, o bien al ordenárselo, sobre una o dos patas, producía el número de golpes pedido; marcaba el compás, etcétera. Desde entonces quedó evidenciado que la causa no era puramente física y según este axioma: *si todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente*, se concluyó que la causa de este fenómeno debía ser una *inteligencia*.

¿Y cuál era la naturaleza de esa inteligencia? Ahí estaba la cuestión. El primer pensamiento fue que eso podría ser un reflejo de la inteligencia del médium o de los asistentes, pero la experiencia pronto demostró su imposibilidad, porque se obtenían cosas completamente fuera del pensamiento y de los conocimientos de las personas presentes e incluso en contradicción con sus ideas, su voluntad y su deseo; ella no podía, pues, pertenecer sino a un ser invisible. El medio para asegurarse de eso era muy simple: se trataba de entrar en conversación, lo que se hizo por medio de un número de golpes convencionales significando sí o no o designando las letras del alfabeto y se obtuvieron, de esa manera, respuestas a las más diversas preguntas que se le dirigían. Este es el fenómeno que fue denominado como de *mesas parlantes*. Todos los seres que se comunicaron así, cuando se les interrogaba acerca de su naturaleza, declaraban ser Espíritus y pertenecer a un mundo invisible. Habiéndose producido los mismos efectos en un gran número de lugares, por intermedio de diferentes personas y siendo, además, observado por hombres muy serios y muy esclarecidos, no era posible pensar que fueran víctima de una ilusión.

De América el fenómeno pasó a Francia y al resto de Europa donde, durante algunos años, las mesas giratorias y parlantes estuvieron de moda, convirtiéndose en el entretenimiento de los salones; después, cuando se las usó mucho, fueron dejadas a un lado, para dedicarse a una otra distracción.

El fenómeno no tardó en presentarse bajo un nuevo aspecto que lo hizo salir del dominio de la simple curiosidad. No permitiéndonos los límites de este resumen seguirlo en todas sus fases, pasamos, sin otra transición, a los que ofrece de más característico, sobre todo a aquello que fijó la atención de las personas serias.

Digamos previamente y de paso, que la realidad del fenómeno encuentra numerosos contradictores; algunos sin tomar en cuenta el desinterés y la honorabilidad de los experimentadores, no vieron en él sino un malabarismo, un hábil juego de prestidigitación. Aquellos que no admiten nada fuera del mundo de la materia, que no creen sino en el mundo visible, que piensan que todo muere con el cuerpo, los materialistas en una palabra; aquellos que se califican de *espíritus fuertes*, recusaron la existencia de los Espíritus invisibles en la

clase de fábulas absurdas; tildaron de dementes a aquellos que llevaron el asunto en serio y los colmaron de sarcasmos y bromas. Otros, no pudiendo negar los hechos, y bajo el dominio de un cierto orden de ideas, atribuyeron a esos fenómenos la influencia exclusiva del *diablo* y procuraron, por ese medio, atemorizar a los tímidos. Pero hoy el miedo al diablo perdió singularmente su prestigio; tanto se habló de él, se le pintó de tantos modos que se está familiarizado con esa idea y muchos dijeron que había que aprovechar la ocasión para ver lo que es él realmente. De ese modo resultó que, aparte de un pequeño número de mujeres timoratas, el anuncio de la llegada del verdadero diablo tenía algo de excitante para aquellos que no lo vieron sino en pinturas o en teatro; fue, para muchas personas, un poderoso estimulante, de suerte que aquellos que quisieron, por ese medio, oponer una barrera a las ideas nuevas fueron contra su objetivo, y se volvieron, sin quererlo, agentes propagadores tanto más eficaces cuanto más alto gritaban. Los otros críticos no tuvieron mayor éxito, porque, a los hechos constatados, a los raciocinios categóricos, no pudieron oponer sino denegaciones. Leed lo que publicaron, por todas partes encontraréis la prueba de la ignorancia y de la falta de observación seria de los hechos, y en ninguna parte una demostración terminante de su imposibilidad; toda su argumentación se resume así: *"yo no creo, por tanto, eso no existe; todos los que creen son locos; sólo nosotros tenemos el privilegio de la razón y del buen sentido."* El número de adeptos hechos por la crítica seria o bufa, es incalculable, porque por todas partes no se encuentran sino opiniones personales, vacías de pruebas en contra. Pero prosigamos nuestra exposición.

Las comunicaciones por golpes eran lentas e incompletas. Se descubrió que adaptando un lápiz a un objeto movible: cesta, tablita o cualquier otro, sobre el cual se colocaban los dedos, ese objeto se ponía en movimiento y trazaba caracteres. Más tarde se reconoció que esos objetos no eran sino accesorios de los cuales se podía prescindir; la experiencia demostró que el Espíritu, actuando sobre un cuerpo inerte, para dirigirlo a voluntad, podría actuar, del mismo modo, sobre el brazo o la mano a fin de conducir el lápiz. Aparecieron entonces los *médiums escribientes*, quiere decir, personas escribiendo de modo involuntario bajo el impulso de Espíritus, de los cuales se hicieron los instrumentos y los intérpretes. Desde ese momento, las comunicaciones no tuvieron más límites, y el intercambio de pensamiento pudo ser hecho con tanta rapidez y desenvolvimiento como entre los vivos. Era un vasto campo abierto a la exploración, el descubrimiento de un nuevo mundo: el mundo de los invisibles, como el microscopio había descubierto el mundo de lo infinitamente pequeño.

¿Qué son esos Espíritus? ¿Qué papel desempeñan en el Universo? ¿Con qué propósito se comunican con los mortales? Tales son las primeras preguntas que se trataban de responder. Pronto se supo, por ellos mismos, que no son seres aparte en la Creación, sino las mismas almas de aquellos que vivieron en la Tierra o en otros mundos; que esas almas, después de despojarse de su envoltorio corporal, pueblan y recorren el espacio. Ya no fue permitido dudar más de eso, cuando se reconoció, entre ellos, a sus parientes y a sus amigos, con los cuales pudieron conversar; cuando éstos vinieron a dar la prueba de su existencia, a demostrar que en ellos no ha muerto sino el cuerpo, que su alma o Espíritu vive siempre, que están allí, cerca de nosotros, viéndonos y observándonos como cuando estaban vivos, rodeando con su solicitud a aquellos que amaron y de los cuales el recuerdo, para ellos, es una dulce satisfacción.

Por lo general se tiene de los Espíritus una idea completamente falsa; ellos no son, como muchos se lo figuran, seres abstractos, vagos e indefinidos, ni algo así como un fulgor o una chispa; son, por el contrario, seres muy reales, teniendo su individualidad y una forma determinada. Podemos hacernos de ellos una idea aproximada por la siguiente explicación:

Hay en el hombre tres cosas esenciales: 1º El alma, o Espíritu, principio inteligente en el cual residen el pensamiento, la voluntad y el sentido moral; 2º El cuerpo, envoltorio material pesado y grosero, que coloca a los Espíritus en relación con el mundo exterior; 3° El periespíritu, envoltorio fluídico, leve, sirviendo de lazo y de intermediario entre el Espíritu y el cuerpo. Cuando el envoltorio exterior está usado y no puede funcionar, cae, y el Espíritu se despoja de él, como el fruto de su cáscara, el árbol de su corteza: en una palabra, como se desecha una vieja ropa fuera de su uso. Esto es lo que se llama la muerte.

La muerte, por lo tanto, no es otra cosa sino la destrucción del envoltorio grosero del Espíritu: sólo el cuerpo muere, el Espíritu está, de alguna suerte, comprimido por los lazos de la materia a la cual está unido, y que, frecuentemente, paraliza sus facultades; la muerte del cuerpo lo desembaraza de sus lazos; se emancipa y recobra su libertad, como la mariposa saliendo de su crisálida; pero no deja sino el cuerpo material; conserva el periespíritu, que constituye, para él, una especie de cuerpo etéreo, vaporoso, imponderable para nosotros y de forma humana, que parece ser la forma típica. En su estado normal, el periespíritu es invisible, pero el Espíritu puede hacerle sufrir ciertas modificaciones que lo vuelven momentáneamente accesible a la visión e incluso al tacto, tal como ocurre con el vapor condensado; es así que puede, algunas veces, mostrársenos en las apariciones. Es con la ayuda del periespíritu que el Espíritu actúa sobre la materia inerte y produce los diversos fenómenos de ruidos, de movimientos, de escritura, etcétera (los golpes y los movimientos son, para los Espíritus, los medios de mostrar su presencia y de llamar sobre ellos la atención, exactamente como una persona cuando toca para advertir que hay alguien). Hay los que no se limitan a ruidos moderados, sino que llegan a provocar un estrépito semejante al de la vajilla que cae y se rompe o de puertas que se abren y vuelven a cerrarse o de muebles derribados.

Con la ayuda de golpes y de movimientos convenidos ellos pudieron expresar sus pensamientos, pero la escritura les ofrece un medio completo, el más rápido y el más cómodo; también es aquel que ellos prefieren[1]. Por la misma razón que pueden llegar a formar caracteres, pueden guiar la mano para hacer trazar diseños, escribir música, ejecutar un trecho en un instrumento... en una palabra, a falta de su propio cuerpo, que no tienen más, se sirven del médium para manifestarse a los hombres de manera sensible.

Los Espíritus pueden además manifestarse de varias maneras, entre otras por la visión y por la audición. Ciertas personas, llamadas *médiums auditivos*, tienen la facultad de oírlos y pueden así conversar con ellos; otros los ven: son los *médiums videntes*. Los Espíritus que se manifiestan a la visión, generalmente se presentan bajo una forma análoga a la que tenían en vida, pero vaporosa; otras veces, esa forma tiene todas las apariencias de un ser vivo, al punto de engañar completamente y que, algunas veces, fueron tomados por personas de carne y hueso, con los cuales se pudo conversar y cambiar apretones de mano, sin desconfiar que se estaba tratando con Espíritus, a no ser por su desaparición súbita.

La visión permanente y general de los Espíritus es muy rara, pero las apariciones individuales son bastante frecuentes, sobre todo en el momento de la muerte; el Espíritu liberto parece apresurarse a ir a ver de nuevo a sus parientes y amigos, como para comunicarles que acaba de dejar la Tierra y decirles que vive siempre.

Que cada uno reúna sus recuerdos, y se verá cuántos hechos de ese género, de los cuales no se daba cuenta, ocurrieron no sólo de noche, durante el sueño, sino en pleno día en el estado de vigilia más completo. Antaño se veían estos hechos como sobrenaturales y maravillosos y se los atribuía a la magia y a la hechicería; hoy los incrédulos los achacan a la imaginación, pero desde que la ciencia espiritista les dio la clave, se sabe cómo se producen y que no salen del orden de los fenómenos naturales.

También se cree que los Espíritus, por el único hecho de ser Espíritus, deben tener la soberana ciencia y la soberana sabiduría: esto fue un error que la experiencia no tardó en demostrar. Entre las comunicaciones dadas por los Espíritus, las hay que son sublimes en profundidad, elocuencia, sabiduría, moral y que no respiran

[1] Ocurre lo mismo para la palabra.

sino la bondad y la benevolencia; pero, al lado de eso, las hay muy vulgares, livianas, triviales, incluso groseras y por las cuales el Espíritu revela los instintos más perversos. Es, pues, evidente que no pueden emanar ellas de la misma fuente y que si hay buenos Espíritus, los hay también malos. Los Espíritus no siendo otra cosa que el alma de los hombres, no pueden, naturalmente, volverse perfectos dejando su cuerpo; hasta que hayan progresado, conservan las imperfecciones de la vida corpórea; por eso se los ve en todos los grados de bondad y de maldad, de saber y de ignorancia.

Los Espíritus se comunican generalmente con placer, y para ellos es una satisfacción ver que no fueron olvidados; describen voluntariamente sus impresiones al dejar la Tierra, su nueva situación, la naturaleza de sus alegrías y de sus sufrimientos en el mundo de los Espíritus donde se encuentran; unos son muy felices, otros infelices, incluso algunos soportan horribles tormentos, según la manera como vivieron y el empleo bueno o malo, útil o inútil que hicieron de la vida. Observándoles en todas las fases de su nueva existencia, según la posición que ocuparon en la Tierra, su género de muerte, su carácter y sus hábitos como hombres, se llega a un conocimiento si no completo, por los menos bastante preciso, del mundo invisible, para darse cuenta de nuestro estado futuro y presentir la suerte feliz o infeliz que nos espera allí.

Las instrucciones dadas por los Espíritus de orden elevado, sobre todos los asuntos que interesan a la Humanidad, las respuestas que dieron a las preguntas que les fueron propuestas, habiendo sido *recogidas* y *coordinadas* con cuidado, constituyen toda una ciencia, toda una doctrina moral y filosófica bajo el nombre de **Espiritismo**. Por tanto *el Espiritismo es la doctrina fundada sobre la existencia, las manifestaciones y las enseñanzas de los Espíritus*. Esta doctrina se halla expuesta de manera completa, en *El Libro de los Espíritus* para la parte filosófica, en *El Libro de los Médiums* para la parte práctica y experimental, y en *El Evangelio según el Espiritismo* para la parte moral. Por el análisis que más adelante ofrecemos de tales obras se puede juzgar la variedad, la amplitud e importancia de las materias que abarcan.

Como se ha visto, el Espiritismo tuvo su punto de partida en el vulgar fenómeno de las mesas giratorias; pero como esos hechos hablan más a los ojos que a la inteligencia, que despiertan más curiosidad que sentimiento, una vez tal curiosidad satisfecha, se tiene tanto menos interés cuanto no son comprendidos. No ocurrió lo mismo cuando la teoría vino a explicarles la causa; sobretodo cuando se vio que de esas mesas giratorias, con las cuales se entretuvieron por breve tiempo, salió toda una doctrina moral hablando al alma, disipando las angustias de la duda, satisfaciendo a todas las aspiraciones dejadas en el vacío por una enseñanza incompleta sobre el futuro de la Humanidad, las personas serias acogieron la nueva doctrina como un beneficio y, desde entonces, lejos de declinar, crece con una rapidez increíble. En el lapso de unos pocos años, obtuvo en todos los países del mundo, y en especial entre las personas esclarecidas, incontables partidarios que día a día aumentan en número en una proporción extraordinaria, de tal suerte que, hoy el Espiritismo se ha ganado derecho de ciudadanía; se asienta sobre bases que desafían los esfuerzos de sus adversarios, más o menos interesados en combatirlo, y la prueba de eso es que los ataques y críticas no aminoraron su marcha un solo instante; este es un hecho adquirido por la experiencia, y del cual los opositores jamás pudieron dar la razón; los s dicen, muy simplemente, que si se propaga a pesar de la crítica es que se lo halla bueno y que se prefiere su raciocinio al de los contradictores.

Sin embargo, el Espiritismo no es un descubrimiento moderno, los hechos y principios sobre los cuales reposa se pierden en la noche de los tiempos, pues se encuentran vestigios de ellos en las creencias de todos los pueblos, en todos las religiones, en la mayoría de los escritos sagrados y profanos; sólo que los hechos, incompletamente observados, muchas veces fueron interpretados según las ideas supersticiosas de la ignorancia y no le fueron deducidas todas las consecuencias.

En efecto, el Espiritismo está fundado sobre la existencia de los Espíritus, pero los Espíritus, no siendo otros que las almas de los hombres, puesto que hay hombres hay Espíritus; el Espiritismo no los descubrió, ni los inventó. Si las almas o Espíritus pueden manifestarse a los vivos es porque eso está en la Naturaleza y, por

tanto, deben haberlo hecho en todas las épocas; también, en todo tiempo y por todas partes, se encuentran las pruebas de esas manifestaciones, que son muchas, sobre todo en los relatos bíblicos.

Los que es moderno, es la explicación lógica de los hechos, el conocimiento más completo de la naturaleza de los Espíritus, de su papel y de su modo de acción, la revelación de nuestro estado futuro, en fin su constitución como cuerpo de ciencia y de doctrina y sus diversas aplicaciones. Los Antiguos conocían el principio, los Modernos conocen los detalles. En la antigüedad, el estudio de esos fenómenos era privilegio de ciertas castas que no los revelaban sino a los iniciados en sus misterios; en la edad media los que se ocupaban de ellos ostensivamente eran tomados como hechiceros y quemados; pero hoy no hay misterios para nadie, no se quema a nadie más, todo pasa a la luz del día y todo el mundo está en condiciones de ilustrarse y de practicar, porque los médiums se encuentran por todas partes.

La doctrina misma que los Espíritus enseñan hoy, nada tiene de nueva; se la encuentra de manera fragmentaria en la mayoría de los filósofos de la India, de Egipto y de Grecia, y toda entera en la enseñanza de Cristo. ¿Pues qué viene a hacer el Espiritismo? Viene a confirmar por nuevos testimonios, a demostrar con hechos, verdades desconocidas o mal comprendidas, restablecer, en su verdadero sentido, aquellas que fueron mal interpretadas.

Bien es verdad que el Espiritismo no enseña nada nuevo, pero ¿no basta con que pruebe de modo evidente, irrecusable, la existencia del alma, su supervivencia al cuerpo, su individualidad después de la muerte, su inmortalidad, las penas y las recompensas futuras? Cuántas personas creen en esas cosas pero lo hacen con un vago trasfondo de incertidumbre diciéndose para su fuero interno: "¿Y si no es cierto?" ¡Cuántos fueron inducidos a la incredulidad porque se les presentó el futuro bajo un aspecto que su razón no podía admitir! Acaso no significa nada, para el creyente que vacila poder decir: "¡Ahora estoy seguro!" ¡Para el ciego volver a contemplar la luz! Por los hechos y por su lógica, el Espiritismo viene a disipar la ansiedad de la duda y conducir a la fe aquellos que se apartaron de ella, al revelarnos la existencia del mundo invisible que nos rodea, y en medio del cual vivimos sin darnos cuenta, nos hace conocer, por el ejemplo de aquellos que vivieron, las condiciones de nuestra felicidad o de nuestra desdicha futura; nos explica la causa de nuestros sufrimientos en este mundo y el medio de suavizarlos. Su propagación tendrá como efectos inevitables la destrucción de las doctrinas materialistas que no pueden resistir a la evidencia. El hombre, convencido de la grandeza y de la importancia de su existencia futura, que es eterna, la compara a la incertidumbre de la vida terrestre, que es tan corta, y se eleva por el pensamiento, por encima de las mezquinas consideraciones humanas; conociendo la causa y el objetivo de sus miserias, las soporta con paciencia y resignación porque sabe que ellas son un medio para llegar a un estado mejor. El ejemplo de aquellos que vienen de ultratumba a describir sus alegrías y sus dolores, probando la realidad de la vida futura, al mismo tiempo, prueba que a justicia de Dios no deja ningún vicio sin castigo, ni ninguna virtud sin recompensa. Agreguemos, por último, que nuestras comunicaciones con los seres queridos que ya partieron, proporcionan un dulce consuelo al demostrarnos no sólo que siguen existiendo, sino que estamos menos separados de ellos que si estuviesen vivos y en un país extranjero.

En Resumen, el Espiritismo mitiga la amargura de los pesares de la vida; calma las desesperaciones y las agitaciones del alma, disipa las incertidumbres o los temores del futuro, detiene el pensamiento de abreviar la vida por el suicidio; por eso mismo vuelve dichosos a aquellos que se le afilian, y ahí está el gran secreto de su rápida propagación.

Desde el punto de vista religioso, tiene el Espiritismo por base las verdades fundamentales de todas las religiones: Dios, el alma, la inmortalidad, las penas y las recompensas futuras; pero es independiente de todo culto particular. Su objetivo es probar a aquellos que niegan o que dudan, que el alma existe, que sobrevive al cuerpo; que soporta, después de la muerte, las consecuencias del bien y del mal que haya cometido durante la vida corpórea; y esto pertenece a todas las religiones.

Como creencia en los Espíritus, es igualmente de todas las religiones, del mismo modo que es de todos los pueblos, una vez que, por todas partes donde existan hombres, hay almas o Espíritus, que las manifestaciones son de todos los tiempos y el relato de ellas se encuentra sin excepción, en todas las religiones. Se puede, pues, ser católico, griego o romano, protestante, judío o musulmán, y creer en las manifestaciones de los Espíritus, y como consecuencia, ser; la prueba es que el Espiritismo tiene adeptos en todas las sectas.

Como moral, el Espiritismo es en su esencia cristiano porque la que enseña no es sino el desarrollo y la aplicación de la moral de Cristo, la más pura de todas, y cuya superioridad nadie discute, lo que constituye una prueba evidente de que está en la ley de Dios; y la moral es para uso de todo el mundo.

Siendo el Espiritismo independiente de toda forma de culto, no prescribe ninguno de ellos y no se ocupa de dogmas particulares, no es una religión especial, porque no tiene ni sus sacerdotes ni sus templos. A quienes le preguntan si hacen bien en seguir tal o cual práctica, él responde: Si creéis que vuestra conciencia está inclinada a ello hacedlo: Dios toma siempre en cuenta la intención. En una palabra, no se impone a nadie; no se dirige a aquellos que tienen fe y a quienes esta fe les basta, sino a la numerosa categoría de los inseguros y de los incrédulos; no los arrebata a la Iglesia, puesto que están separados de ella moralmente en todo o en parte.

Es verdad que el Espiritismo combate ciertas creencias tales como la eternidad de las penas, el fuego material de infierno, la personalidad del diablo, etcétera; pero ¿no es cierto que esas creencias, impuestas como absolutas en todos los tiempos hicieron incrédulos y los hacen todos los días? Si el Espiritismo, dando a esos dogmas y a algunos otros, una interpretación racional, conduce a la fe a los que habían desertado de ella, ¿no presta un servicio a la religión? Por eso decía un venerable eclesiástico: "El Espiritismo hace creer en algo; pues bien, vale más creer en algo que nada creer de todo."

Siendo los Espíritus las mismas almas, no se puede negar los Espíritus sin negar el alma. Admitiéndose las almas, o los Espíritus, la cuestión, reducida a su más simple expresión, es esta: ¿Las almas de los que han muerto pueden comunicarse con los vivos? El Espiritismo prueba la afirmativa por hechos materiales; ¿qué prueba se puede dar de que eso no sea posible? Si lo es, ninguna negación impedirá que siga siéndolo, porque no se trata ni de un sistema ni de una teoría, sino de una ley de la Naturaleza; Ahora bien, contra las leyes de la Naturaleza la voluntad del hombre nada puede; es necesario, por bien o por mal, aceptarle las consecuencias y adaptar a ellas sus creencias y sus hábitos.

Resumen de la enseñanza de los Espíritus

1. Dios es la inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas.

Dios es eterno, único, inmaterial, inmutable, todopoderoso, soberanamente justo y bueno. Debe ser infinito en todas sus perfecciones, porque si supusiésemos imperfecto uno solo de sus atributos, no sería ya Dios.

2. Dios creó la materia que constituye los mundos; creó también seres inteligentes que llamamos Espíritus, encargados de administrar los mundos materiales según las leyes inmutables de la creación y que son perfectibles por su naturaleza. Al perfeccionarse se van aproximando a la Divinidad.

3. El espíritu, propiamente dicho, es el principio inteligente; desconocemos su naturaleza; para nosotros, él es inmaterial, porque no tiene ninguna analogía con lo que llamamos materia.

4. Los Espíritus son seres individuales, tienen un envoltorio etéreo, imponderable llamado periespíritu, especie de cuerpo fluídico de tipo de la forma humana. Ellos pueblan los espacios que recorren con la rapidez del relámpago, y constituyen el mundo invisible.

5. El origen y la forma de creación de los Espíritus nos son desconocidos; sólo sabemos que fueron creados simples e ignorantes, quiere decir, sin ciencia y sin conocimiento del bien y del mal, pero, con igual aptitud para todo, porque Dios en su justicia, no podía eximir a unos del trabajo que hubiese impuesto a los otros para llegar a la perfección. En el principio, están en una especie de infancia, sin voluntad propia y sin conciencia perfecta de su existencia.

6. El libre albedrío se desarrolla en los Espíritus al mismo tiempo que las ideas, y Dios les dice: "Todos podéis aspirar a la felicidad suprema, cuando hayáis adquirido los conocimientos que os faltan y cumplida la tarea que os impongo. Trabajad, pues, para vuestro adelanto; he ahí el objetivo: lo alcanzaréis obedeciendo a las leyes que he grabado en vuestra conciencia."

A consecuencia de su libre albedrío, unos toman el camino más corto, que es el del bien, otros el más largo que es el del mal.

7. Dios no creó el mal; estableció leyes y esas leyes son siempre buenas, porque Él es soberanamente bueno; aquél que las observara fielmente sería perfectamente feliz; pero los Espíritus, teniendo su libre albedrío no siempre las observaban y el mal resultó para ellos de su desobediencia. Pues se puede afirmar entonces, que el bien es todo lo que está conforme con la ley de Dios y el mal todo lo que es contrario a esa misma ley.

8. Para concurrir, como agentes del poder divino, a la obra de los mundos materiales, los Espíritus se revisten temporalmente de un cuerpo material. Mediante el trabajo que su existencia corpórea requiere, perfeccionan su inteligencia y adquieren, dentro de la observancia de la ley de Dios, los méritos que deberán conducirlos a la felicidad eterna.

9. En el principio, la encarnación no es impuesta al Espíritu como castigo; es necesaria a su desarrollo y al cumplimiento de las obras de Dios, y todos deben soportarlas, tomen el camino del bien o del mal; sólo aquellos que siguen la ruta del bien avanzan más rápido, tardando menos en alcanzar el objetivo y llegan a él en condiciones menos penosas.

10. Los Espíritus encarnados constituyen la Humanidad, que no está circunscrita a la Tierra, sino que puebla todos los mundos diseminados en el espacio.

11. El alma del hombre es un Espíritu encarnado. Para secundarlo en el cumplimiento de su tarea, Dios les dio, como auxiliares, a los animales que le son sumisos y cuya inteligencia y carácter son proporcionales a sus necesidades.

12. El perfeccionamiento del Espíritu es fruto de su propio esfuerzo; no pudiendo, en una sola existencia corpórea, adquirir todas las cualidades morales e intelectuales que deben conducirlo al objetivo, él lo alcanza por una sucesión de existencias, en cada una de las cuales da algunos pasos adelante en el camino del progreso.

13. En cada existencia corporal el Espíritu debe llevar a cabo una labor en proporción con su grado de desarrollo; cuanto más ruda y trabajosa sea tanto mayor será el mérito en cumplirla. De esta manera, cada existencia es una prueba que lo acerca al objetivo. El número de esas existencias es indeterminado. Depende de la voluntad del Espíritu abreviarlo esforzándose activamente por su perfeccionamiento moral; del mismo modo que depende de la voluntad del obrero, que debe entregar un trabajo, el disminuir la cantidad de días que emplea en hacerlo.

14. Cuando una existencia fue mal empleada y sin provecho para el Espíritu, debe recomenzarla en condiciones más o menos penosas, debido a su negligencia y su mala voluntad; del mismo modo, en la vida, se puede ser constreñido a hacer al día siguiente, lo que no se hizo en la víspera o a rehacer lo que se hizo mal.

15. La vida espiritual es la vida normal del Espíritu y es eterna; la vida corpórea es transitoria y pasajera: no es sino un instante en la eternidad.

16. En el intervalo de sus existencias corpóreas, el Espíritu está errante. La erraticidad no tiene una duración determinada; en ese estado, el Espíritu es feliz o infeliz; según el buen o mal empleo que hizo de su última existencia; él estudia las causas que apresuraron o retardaron su adelanto; toma las resoluciones que procurará poner en práctica en su próxima encarnación y escoge, él mismo, las pruebas que cree más apropiadas para su evolución; pero en algunas ocasiones se equivoca o sucumbe, porque no mantiene, como hombre, las resoluciones que había tomado como Espíritu.

17. El Espíritu culpable es castigado con sufrimientos morales en el mundo de los Espíritus y con penas físicas en la vida corpórea. Sus aflicciones son consecuencias de sus faltas, vale decir, de sus infracciones a la ley de Dios; de esta manera constituyen, a la vez, una expiación del pasado y una prueba para el porvenir; así es que el orgulloso puede tener una existencia de humillaciones; el tirano una de servidumbre y el mal rico una de miseria.

18. Hay mundos apropiados a los diferentes grados de adelanto de los Espíritus y donde la existencia corporal se encuentra en condiciones muy diferentes. Cuanto menos avanzado es el Espíritu, tanto más pesado y material es el cuerpo con que se reviste; a medida que se purifica, pasa a mundos superiores moral y físicamente. La Tierra no es ni el primero ni el último, pero, sí, uno de los más atrasados.

19. Los Espíritus culpados están encarnados en los mundos menos avanzados donde expían sus faltas por las tribulaciones de la vida material. Esos mundos son para ellos verdaderos purgatorios, pero de donde depende de ellos salir, trabajando por su perfeccionamiento moral. La Tierra es uno de esos mundos.

20. Siendo Dios, soberanamente justo y bueno, no condena a sus criaturas a castigos perpetuos por faltas transitorias; les ofrece en todo momento medios para progresar y reparar el mal que pudieron hacer. Dios perdona, pero exige el arrepentimiento, la reparación y el retorno al bien; de suerte que la duración del castigo es proporcional a la persistencia del Espíritu en el mal; en consecuencia, el castigo sería eterno para aquel que permaneciese eternamente en el mal camino; pero, desde que la claridad del arrepentimiento entra en el corazón del culpado, Dios extiende sobre él su misericordia. Así, la eternidad de las penas debe ser entendida en el sentido relativo y no en el sentido absoluto.

21. Los Espíritus, al encarnarse, tienen consigo lo que adquirieron en sus existencias anteriores; esta es la razón por la cual los hombres muestran, instintivamente, aptitudes especiales, inclinaciones buenas o malas que parecen innatas en ellos.

Las malas tendencias naturales son restos de las imperfecciones del Espíritu y de las cuales no está enteramente despojado; son también los indicios de las faltas que cometió y el verdadero pecado original. En cada existencia se debe limpiar de algunas impurezas.

22. El olvido de las existencias anteriores es un beneficio de Dios que, en su bondad, ha querido ahorrar al hombre los recuerdos, frecuentemente penosos. En cada nueva existencia, el hombre es lo que ha hecho de sí mismo; es para él un nuevo punto de partida, conoce sus defectos actuales; sabe que esos defectos son la consecuencia de aquellos que tenía, de eso concluye el mal que pudo cometer y eso le basta para trabajar a fin de corregirse. Si otrora adolecía de defectos que ya no posee, no tendrá por qué preocuparse de ellos; bastante tiene con sus imperfecciones presentes.

23. Si el alma no hubiera vivido antes habría sido creada simultáneamente con el cuerpo; admitiendo esta suposición, ella no puede tener ninguna relación con aquellas que la precedieron. Entonces, se preguntará, cómo Dios que es soberanamente justo y bueno, puede haberla hecho responsable de la falta del padre del género humano, manchándola con un pecado original que no cometió. Si afirmamos, en cambio, que el alma trae consigo, al nacer, el germen de las imperfecciones de sus existencias anteriores; que sufre, en la existencia actual, las consecuencias de sus faltas pasadas, se da al pecado original una explicación lógica que cada uno puede comprender y admitir, porque el alma no es responsable sino por sus obras.

24. La diversidad de las aptitudes innatas, morales e intelectuales, es la prueba de que el alma ya vivió; si hubiese sido creada al mismo tiempo que, el cuerpo actual, no estaría de acuerdo con la bondad de Dios hacer a unas más avanzadas que a las otras. ¿Por qué entonces los salvajes y los hombres civilizados, los buenos y los malos, los tontos y las personas ingeniosas? Diciendo que unos han vivido y han adquirido más que los otros, todo se explica.

25. Si la existencia actual fuese la única y ella sola debiera decidir el futuro del alma para la eternidad, ¿cuál sería la suerte de los niños que mueren a tierna edad? No habiendo hecho ni bien ni mal, no merecen ni recompensas ni castigos. Según la parábola de Cristo, siendo cada uno recompensado según sus obras, no tienen derecho a la felicidad perfecta de los ángeles, ni merecen estar privadas de ella. Decid que podrán cumplir, en otras existencias, lo que no hicieron en aquella que fue abreviada y no habrá más excepciones.

26. Por el mismo motivo, ¿cuál sería la suerte de los cretinos y de los idiotas? Al no tener ninguna conciencia del bien y del mal no tienen ninguna responsabilidad de sus actos. ¿Sería Dios justo y bueno habiendo creado almas estúpidas, para someterlas a una existencia miserable y sin compensación? Admitid, al contrario, que el alma del cretino y del idiota es un Espíritu en castigo en un cuerpo incapacitado a dar su pensamiento, donde está como un hombre muy aprisionado por lazos y no tendréis nada más que no esté conforme a la justicia de Dios.

27. En las sucesivas encarnaciones, el Espíritu se va despojando poco a poco de sus impurezas y perfeccionándose por el trabajo, llegado así al fin de sus existencias corpóreas; pertenece, entonces, a la orden de los Espíritus puros o de los ángeles y goza, al mismo tiempo de la vida completa de Dios y de una felicidad sin mácula por la eternidad.

28. Estando los hombres en expiación en la Tierra, Dios, un buen padre, no los dejó entregados a sí mismos, sin guías. Primero tienen sus Espíritus protectores o ángeles guardianes, que velan sobre ellos y se esfuerzan para conducirlos por el buen camino; tienen, además, a los Espíritus en misión en la Tierra, Espíritus superiores encarnados de tiempo en tiempo entre ellos para iluminar el camino con sus obras y hacer avanzar a la Humanidad. Además de haber grabado Dios su ley en la conciencia, creyó un deber, formularla de manera

explícita; les envió primero a Moisés; pero las leyes de Moisés eran apropiadas a los hombres de su tiempo; no les habló sino de la vida terrestre, de penas y de recompensas temporales. Cristo vino en seguida para completar la Ley de Moisés por una enseñanza más elevada: la pluralidad de las existencias[2], la vida espiritual, las penas y las recompensas morales. Moisés les condujo por el temor, Cristo por el amor y por la caridad.

29. El Espiritismo hoy mejor comprendido, acrecienta, para los incrédulos, la evidencia a la teoría; prueba el futuro por hechos patentes; expone, en términos claros e inequívocos, lo que Cristo expresó por parábolas; explica las verdades desconocidas o falsamente interpretadas; revela la existencia del mundo invisible, o de los Espíritus, e inicia al hombre en los misterios de la vida futura; viene a combatir el materialismo que es una sublevación contra el poder de Dios; en fin, viene a establecer, entre los hombres, el reino de la caridad y de la solidaridad anunciado por Cristo. Moisés labró, Cristo sembró, el Espiritismo viene a cosechar.

30. El Espiritismo no es una luz nueva, sino una luz más brillante, porque surge de todos los puntos del globo, por la voz de aquellos que vivieron antes. Haciendo evidente lo que estaba oscuro, pone fin a las interpretaciones erróneas y debe reunir a los hombres en una creencia común, porque no hay sino un solo Dios, y sus leyes son para todos, en fin, él marca la era de los tiempos predichos por Cristo y por los profetas.

31. Los males que afligen a los hombres en la Tierra tienen por causa el orgullo, el egoísmo y todas las malas pasiones. Con el contacto de sus vicios los hombres se hacen recíprocamente desdichados y se castigan unos a los otros. Que la caridad y la humildad sustituyan al egoísmo y al orgullo, entonces no procurarán más perjudicarse; respetarán los derechos de cada uno y harán reinar entre ellos la concordia y la justicia.

32. Pero ¿cómo destruir el egoísmo y el orgullo que parecen innatos en el corazón del hombre? El egoísmo y el orgullo están en el corazón del hombre, porque los hombres son Espíritus que siguieron, desde el principio, el camino del mal y que fueron exiliados en la Tierra en castigo de esos mismos vicios; ahí está aún su pecado original, del cual muchos no se despojaron. Por el Espiritismo, Dios viene a hacer un último llamado a la práctica de la ley enseñada por Cristo: la ley de amor y de caridad.

33. Como la Tierra ha llegado a la época señalada para convertirse en una morada de felicidad y de paz, Dios no quiere que los malos Espíritus encarnados continúen en ella para llevar la perturbación a los buenos; por eso deberán desaparecer. Irán a expiar su endurecimiento en mundos menos avanzados donde trabajarán de nuevo para su perfeccionamiento, en una serie de existencias más infelices y más penosas aún que las de la Tierra.

Formarán, en esos mundos, una nueva raza esclarecida y cuya tarea será hacer progresar a los seres atrasados que los habitan, con la ayuda de sus conocimientos adquiridos. No saldrán de allí para un mundo mejor sino cuando tuvieren merecimiento y continuarán así hasta que alcancen la purificación completa. Si la Tierra era para ellos un purgatorio, esos mundos serán su infierno, pero un infierno donde la esperanza jamás está excluida.

34. En tanto la generación proscrita está por desaparecer rápidamente, una nueva generación surge cuyas creencias estarán fundadas sobre el Espiritismo Cristiano. Asistimos a la transición que se opera, preludio de la renovación moral de la cual el Espiritismo marca el advenimiento.

[2] Mateo, cap. XVII, v. 10 y siguientes. Juan, cap. III v. 2 y siguientes.

Máximas extraídas de la enseñanza de los espíritus

35. El objeto esencial del Espiritismo es el mejoramiento de los hombres. No es necesario procurar sino lo que puede ayudar al progreso moral e intelectual.

36. El verdadero espiritista no es aquel que cree en las manifestaciones, sino aquel que aprovecha las enseñanzas dadas por los Espíritus. Pues de nada sirve creer, si la creencia no le hace dar un paso al frente en el camino del progreso y si no le torna mejor hacia su prójimo.

37. El egoísmo, el orgullo, la vanidad, la ambición, la codicia, el odio, la envidia, los celos, la maledicencia, son para el alma hierbas venenosas de las cuales es necesario arrancar cada día algún pie y tienen como antídoto: la caridad y la humildad.

38. La creencia en el Espiritismo no es aprovechable sino en aquél de quien se puede afirmar: Soy mejor hoy que ayer.

39. La importancia que el hombre da a los bienes temporales está en razón inversa de su fe en la vida espiritual: es la duda sobre el futuro lo que le lleva a procurar sus alegrías en este mundo, satisfaciendo sus pasiones, inclusive a expensas del prójimo.

40. Las aflicciones en la Tierra son los remedios del alma, pues ellas la salvan para el futuro como una operación quirúrgica dolorosa salva la vida de un enfermo y le devuelve la salud. Por eso dijo Cristo: "Bienaventurados los afligidos porque serán consolados".

41. En vuestras aflicciones mirad a los que están por debajo y no por encima; pensad en aquellos cuyo sufrimiento es todavía mayor que el vuestro.

42. Es natural la desesperación en aquél que cree que todo acaba con la vida del cuerpo, pero carece de sentido en aquél otro que tiene fe en el porvenir.

43. El hombre, frecuentemente, es el artífice de su propia infelicidad en este mundo; que se remonte a la fuente de sus infortunios y verá que son, para la mayoría, el resultado de su imprevisión, orgullo y avidez y, por consiguiente, de su infracción a la ley de Dios.

44. La plegaria es un acto de adoración. Orar a Dios es pensar en él, acercársele, ponerse en comunicación con él.

45. Aquel que ora con fervor y confianza es más fuerte contra las tentaciones del mal, y Dios le envía los buenos Espíritus para ayudarlo. Es un socorro que jamás es negado cuando ha sido pedido con sinceridad.

46. Lo esencial no es orar mucho, sino orar bien. Ciertas personas creen que todo el mérito está en el tamaño de la oración, en tanto cierran los ojos ante sus propios defectos. La plegaria es para ellas una ocupación, un empleo del tiempo pero no un estudio de sí mismas.

47. Aquel que pide a Dios el perdón de sus faltas no lo obtiene sino cambiando de conducta. Las buenas acciones son la mejor de las plegarias, porque los actos valen más que las palabras.

48. La oración es recomendada por todos los buenos Espíritus, y también es pedida por todos los Espíritus imperfectos como un medio de aliviar sus sufrimientos.

49. La oración no puede cambiar los decretos de la Providencia; pero, viendo los Espíritus sufrientes que nos interesamos por ellos, se sienten menos desamparados, no son tan infelices; aumenta su coraje, les

excita el deseo de elevarse por el arrepentimiento y la reparación y puede apartarlos de la idea del mal. En este sentido, puede, no sólo aliviar, sino abreviar sus sufrimientos.

50. Rece cada cual según sus convicciones y de la manera que crea más conveniente, porque la forma no significa nada y el pensamiento lo es todo; la sinceridad y pureza de intención son esenciales; un buen pensamiento vale más que numerosas palabras, que se asemejan al ruido de un molino y de las cuales está ausente por completo el corazón.

51. Dios ha hecho hombres fuertes y poderosos para que sean el sostén de los débiles; el fuerte que oprime al débil es maldito para Dios, a menudo, recibe por ello su castigo en esta misma vida, aparte de lo que le sucederá en el porvenir.

52. La fortuna es un depósito cuyo poseedor es sólo usufructuario, puesto que no se la lleva consigo a la tumba; y deberá rendir severa cuenta del uso que haya hecho de ella.

53. La fortuna es una prueba más difícil que la miseria porque es una tentación para el abuso y los excesos, y es más difícil ser moderado que ser resignado.

54. El ambicioso que triunfa y el rico que se harta de gozos materiales son más dignos de lástima que de envidia, porque es necesario ver el retorno. El Espiritismo, por los terribles ejemplos que dan aquellos que han vivido y que vuelven para revelarnos su suerte, muestra la verdad de esta sentencia de Cristo: "Cualquiera que se enaltece, será rebajado; y el que rebaja, será enaltecido."

55. La caridad es la ley suprema de Cristo: "Amaos los unos a los otros como hermanos: amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos; perdonad a vuestros enemigos; no hagáis a los demás lo que no quisierais que os hiciesen"; todo eso se resume en la palabra caridad.

56. La caridad no consiste tan solo en la limosna, porque hay caridad en pensamientos, palabras y acciones. La caridad en pensamientos es aquella que es indulgente con las faltas del prójimo; la caridad de palabras, es la que no dice nada que pueda perjudicar al prójimo; la caridad en acciones, es la que asiste al prójimo en la medida de sus fuerzas.

57. El pobre que comparte su mendrugo de pan, con uno más pobre que él, es más caritativo y tiene más mérito a los ojos de Dios, que aquel que da parte de lo que le sobra, sin privarse de nada.

58. Quien nutre contra su prójimo sentimientos de animosidad, de odio, de celos y de rencor, no es caritativo; miente si se dice cristiano y ofende a Dios.

59. Hombres de todas las castas, de todas las sectas y de todos los colores, todos sois hermanos porque Dios os llama a todos hacia él. Extendeos, pues la mano, cualquiera que sea vuestra manera de adorarlo y no os arrojéis anatemas, porque el anatema es la violación de la ley de caridad proclamada por Cristo.

60. Con el egoísmo, los hombres están en lucha perpetua; con la caridad, estarán en paz. Haciendo de ella la base de sus instituciones, sólo la caridad puede, pues, asegurar su felicidad en este mundo; según las palabras de Cristo, sólo ella puede, también, asegurar su felicidad futura, porque encierra, implícitamente, todas las virtudes que pueden conducirles a la perfección. Con la verdadera caridad, tal como Cristo la enseñó y practicó, no habrá más egoísmo, orgullo, odio, celos, maledicencias; no habrá más apego desmesurado a los bienes de este mundo. Por eso el Espiritismo cristiano tiene por máxima: FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN.

* * *

¡Incrédulos! Podéis reíros de los Espíritus y burlaros de los que creen en sus manifestaciones; pero reíd, pues, si os atrevéis, de esas máximas que él acaba de enseñar y que es vuestra propia salvaguarda, porque si la caridad desapareciese de la faz de la Tierra, los hombres se destrozarían mutuamente y quizá seríais vosotros las primeras víctimas. No está lejos el día en que esta máxima, proclamada abiertamente en nombre de los Espíritus, será una prueba de seguridad, y un título de confianza para todos aquellos que la lleven grabada en su corazón.

Ha dicho un Espíritu: *"Se burlaron de las mesas giratorias, pero no se burlarán jamás de la filosofía y de la moral que de ellas derivan."* Porque en efecto estamos lejos hoy, después de apenas algunos años, de esos primeros fenómenos que sirvieron un instante de distracción a los ociosos y a los curiosos.

Afirmáis que esa moral es anticuada: *"Los Espíritus deberían tener bastante ingenio para darnos algo nuevo."* (Frase sutil de más de un crítico). ¡Tanto mejor! Si es anticuada, eso prueba que es de todos los tiempos, y los hombres no son sino culpables por no haberla practicado, porque no hay verdades verdaderas sino aquellas que son eternas. Los Espíritus vienen a llamaros, no por una revelación aislada hecha a un solo hombre, sino por la voz de los Espíritus mismos, que semejante a la trompeta del Juicio Final, viene a proclamaros: "Creed que aquellos a quienes llamáis muertos, están más vivos que vosotros, porque ellos ven lo que no veis, oyen lo que no oís, reconoced en aquellos que os vienen a hablar, a vuestros padres, a vuestros amigos y a todos aquellos que amasteis en la Tierra y que creíais perdidos sin retorno; infelices aquellos que creen que todo acaba con el cuerpo, porque serán cruelmente desengañados; infelices aquellos que tuvieren falta de caridad, porque sufrirán lo que hubieren hecho sufrir a los otros!" Escuchad la voz de aquellos que sufren y que vienen a deciros: "Nosotros sufrimos por haber desconocido el poder de Dios y dudado de su misericordia infinita; sufrimos por nuestro orgullo, egoísmo, avaricia y de todas las malas pasiones que no reprimimos; sufrimos por todo el mal que hicimos a nuestros semejantes por el olvido de la caridad."

¡Incrédulos! ¡Decid si una doctrina que enseña semejantes cosas es risible, si es buena o mala! No encarándola sino desde el punto de vista del orden social, ¡decid si los hombres que la practicasen serían felices o infelices, mejores o peores!